



EL EBRO,

UN CAMINO QUE ANDABA EN LA HISPANIA ROMANA

TEXTO: Pepa Castillo Pascual

El río Ebro fue navegable desde la Antigüedad hasta el siglo XV sin apenas modificaciones. Sin embargo, la continua intervención del hombre sobre el paisaje del valle ha ido modificando de tal manera este curso fluvial, que sus condiciones de navegabilidad fueron empeorando, y la llegada del ferrocarril a mediados del siglo XIX puso fin a los proyectos de recuperar el río como un camino que andaba.

Imagen del Ebro a su paso por el Parque del Ebro de Logroño.



El Ebro de hoy poco se parece al *Hiberus* que conocieron los romanos. La ocupación de la llanura de inundación, las presas, los canales de desvío, la deforestación, etc. lo han modificado tanto que se puede afirmar que hace dos mil años su cauce sería más amplio y profundo, y su caudal más abundante y regular. Los que habitaban entonces el valle del Ebro disfrutarían de unas excelentes condiciones de navegabilidad, y, por lo tanto, de las ventajas que ofrecía el transporte fluvial en comparación con el terrestre. Nos referimos a la posibilidad de transportar en un único viaje una mayor cantidad de mercancías, y de hacerlo más rápidamente evitando la inseguridad de los caminos. Agrónomos latinos como Varrón, Catón o el gaditano Columela ya se hacían eco de lo ventajoso que era para un propietario tener su hacienda cerca de un río navegable, ya que así podía exportar con mayor

comodidad y rapidez los excedentes e importar lo que no se producía en su propiedad.

Pero, además, el Ebro tenía otros valores añadidos. En primer lugar, es, junto con el Ródano, el único río de Occidente que vierte sus aguas en el Mediterráneo, el epicentro de la economía y de la civilización en





época romana; en segundo lugar, baña, junto a sus afluentes, una depresión que se ensancha hacia el este, cuya amplitud ha permitido el asentamiento de grupos humanos, sobre todo en la parte central; y, por último, es una vía de penetración natural hacia la Meseta, que comunica a esta con el Mediterráneo, y que, junto a sus afluentes, ha facilitado el trazado de las comunicaciones, convirtiendo a todo el valle en un cruce de caminos.

En conclusión, el Ebro y sus afluentes son los nervios demográficos y económicos del valle por el que discurren. Para Roma fue primero una línea fronteriza donde estableció su base de operaciones para expulsar a los cartagineses; después se convirtió en el punto de salida para extender su dominio por la península ibérica. En estos años en los que no había muchas millas de calzadas, el Ebro desempeñó un importante papel en el aprovisionamiento de las tropas. Pero este río fue también para Roma el eje vertebrador que aseguró la explotación económica del valle y la ruta comercial de los productos itálicos.

EL EBRO DE LOS AUTORES CLÁSICOS

Y qué información nos aportan los autores griegos y latinos sobre esta arteria fluvial que desde hace unos años empieza a tener cierto protagonismo en nuestras vidas. Porque hemos dejado de darle la espalda al río, el ecoturismo fluvial, tan de moda ahora, nos permite vivirlo desde dentro; las orillas se han restaurado medioambientalmente, se han convertido en lugares accesibles y de encuentro, en parques lineales que muestran y promocionan la propia ciudad, como en Logroño o Zaragoza.

La facilidad de comunicación que ofrecían los ríos peninsulares para Roma, explica sobradamente que los autores antiguos se interesen por las condiciones de su navegabilidad. Cuando en el año 195 a. C. el cónsul Catón llegó a la península ibérica, uno de sus

cometidos fue explorar los territorios del interior, fue así como tuvo conocimiento de la dirección, dimensiones y características del valle del Ebro, de cuyo río afirma que era “grande”, “hermoso” y “lleno de peces” (*Orig.* 7.5). Nada dice sobre su navegabilidad, pero años más tarde César, al relatar la batalla que libró contra los pompeyanos cerca de *Ilerda* (Lleida), menciona que Afranio y Petreyo habían ordenado requisar todas las embarcaciones que había en el Ebro y llevarlas a *Octogesa* (ca. Mequinenza), una ciudad situada junto al Ebro, a unos 50 km del campamento pompeyano (*Caes. BC*, 1.61).

Estrabón, que publica su *Geografía* entre los emperadores Augusto (27 a. C. – 19 d. C.) y Tiberio (14 – 37), dice que el Ebro nace en el país de los cántabros y fluye hacia el sur entre el Pirineo y la Idúbeda (Sistema Ibérico) a lo largo de una extensa llanura, nutriéndose de los afluentes y de los cursos de agua que provienen de ambas cadenas montañosas (3.3.8; 3.4.6; 3.4.10). En su interés por destacar la romanidad de esta región, menciona algunas de sus ciudades: *Caesaragusta* (Zaragoza) y *Celsa* (Velilla de Ebro) a orillas del Ebro; *Ilerda* (Lérida), *Oscá* (Huesca) y *Tarraco* (Tarragona) situadas no lejos del río. También menciona *Calagurris* (Calahorra), *Pompelo* (Pamplona) y *Oiasso* (Irún). Las dos últimas en relación con la calzada romana que desde *Tarraco* llegaba hasta los vascones de la costa cantábrica, comunicando el *Mare Nostrum* (mar Mediterráneo) con el *Mare Extremum* (mar Cantábrico). Es evidente que se interesa más por las rutas que comunicaban el valle del Ebro con el Mediterráneo y con Roma, que en

En el siglo II el Ebro fue considerado una divinidad benefactora que proporcionaba vida y sustento a la región por la que fluía, asemejándose así al Tíber, al Nilo y al Guadalquivir



Delta del Ebro.

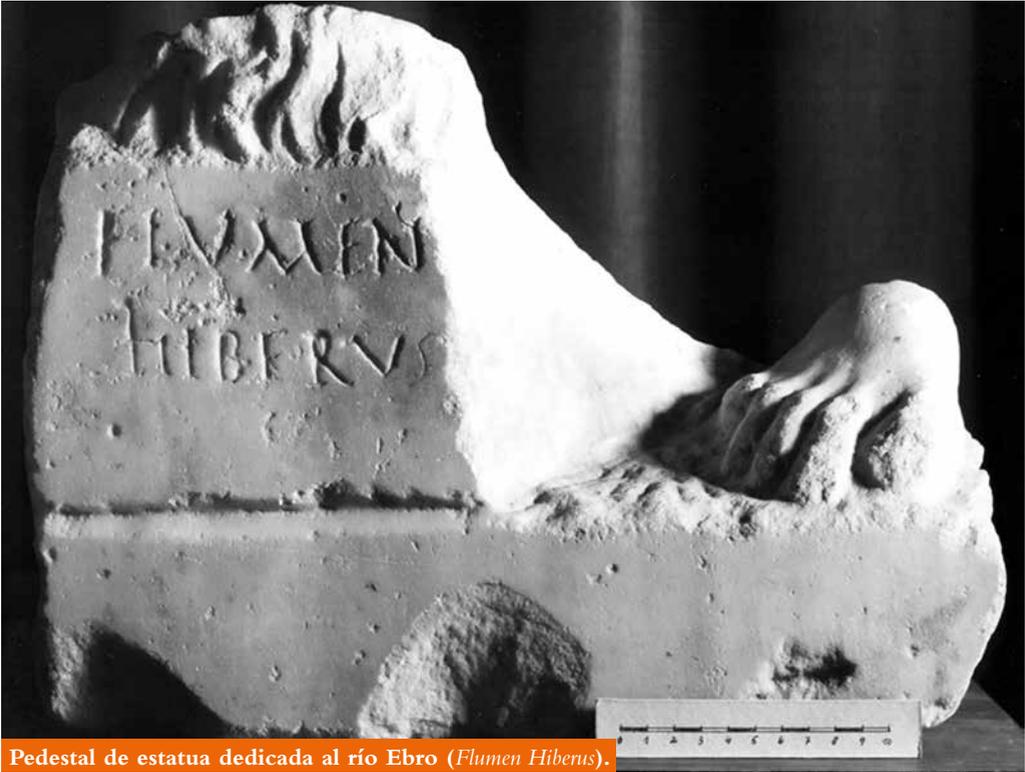
las guerras de conquista y los pueblos prerromanos. Sin embargo, nada dice de la navegabilidad del Ebro, el único río peninsular de grandes dimensiones que desembocaba en el Mediterráneo, el centro del comercio y de la civilización. La razón que explica esta omisión hay que buscarla en sus fuentes, en este caso Posidonio. Este geógrafo, su fuente principal, estuvo en la península ibérica en torno al año 95 a. C. pero no tuvo conocimiento directo ni del río Ebro ni de su territorio, ya que tan solo recorrió la costa mediterránea, visitó la Turdetania y remontó un tramo del Guadalquivir.

Pomponio Mela, que escribe bajo los emperadores Calígula (37 – 41) y Claudio (41 – 54), tan solo señala el abundante caudal del curso inferior de este río, al que llama “el ingente *Hiberus* que baña *Dertosa* (Tortosa)” (2.90). El término latino *ingens* hace referencia a algo que es grande en exceso, desmesurado, y debería explicarse por la no existencia del delta del Ebro hace dos mil años. Entonces, la desembocadura en *Dertosa* tenía una anchura de tres kilómetros, se puede decir que era un verdadero estuario.

La primera mención a la navegabilidad del río la encontramos en Plinio (*Nat.* 3.21). Este

autor refiere que es un río rico (*dives*) por su comercio fluvial, que nace en *Iuliobriga* (ca. Retortillo, Cantabria) y que fluye a lo largo de 450 millas (666 km), la longitud que proporciona este autor hasta la desembocadura. A continuación afirma que era navegable desde el *oppidum Vareia* (Varea, Logroño) a lo largo de 260 millas (385 km). Es evidente, a partir de este testimonio, que la navegabilidad del Ebro estaba limitada a un tramo, y que no se prolongaba hasta su desembocadura, como se ha sostenido tradicionalmente. El testimonio de Plinio se puede considerar fiable, incluso podríamos afirmar que tuvo conocimiento directo del comercio fluvial en el Ebro ya que fue procurador de la Hispania citerior en torno al año 73. Además, formaba parte de ese grupo de funcionarios diligentes que asesoraban a Vespasiano, y era un hombre riguroso, un gran observador.

Ya en el siglo IV, el poeta Avieno, que llama al Ebro *oleum flumen* (“río del aceite”) (*o. M.* 505), refiere que ciertos navegantes extranjeros solían remontar el curso del río para comerciar con las gentes de la ribera, a las que compraban productos agrícolas. Estos navegantes serían los foccos, por lo tanto esta noticia sería del siglo IV a. C. o anterior, y no remontarían el Ebro durante un largo trayecto.



Pedestal de estatua dedicada al río Ebro (*Flumen Hiberus*).

Por último, Claudiano, poeta de la corte del emperador Honorio, que vive a finales del siglo IV, llama al Ebro *dives Hiberus* (v. 51), insistiendo nuevamente en la riqueza que el río proporcionaba a los habitantes de sus orillas. En este caso, el poeta se hace eco de la visión tradicional de esta arteria fluvial en el marco del Imperio.

Con todo, el principal testimonio que nos lleva a situar al Ebro entre uno de los más importantes ríos del Imperio romano es un fragmento del pedestal de una estatua, hoy en el Museo Arqueológico de Tarragona, en el que se puede leer la inscripción *Flumen Hiberus* (CIL II 4075). De la figura solo queda el pie

derecho y a su izquierda se ve lo que podría ser agua fluyendo. El hecho de que aparezca descalzo nos está indicando que estaríamos ante una divinidad, en este caso ante la personificación divina del río Ebro, cuyo nombre aparece en la inscripción.

Este hallazgo, datado en el siglo II d. C., sitúa al Ebro a la altura de otros ríos que, por ser de gran interés para Roma, como el Tíber, el Nilo o el Betis (Guadalquivir), fueron considerados dioses o espíritus benefactores. Los dos primeros han sido representados como ancianos con barba, tendidos sobre un costado, con una cornucopia llena de frutas. Del Guadalquivir no tenemos ninguna representación de este tipo, pero sí una inscripción que recoge la dedicatoria de una estatua de bronce al *genius Baetis*, posiblemente por los barqueros del río (CIL II 1123). En este caso, el río

El río Ebro fue navegable desde la Antigüedad hasta el siglo XV sin apenas modificaciones



Fragmento de molde de terra sigillata hispánica con retratos de algunos miembros de la familia Flavia, procedente del yacimiento de La Cereceda (Arenzana de Arriba, La Rioja). Abajo, Áureo del emperador Adriano con representación del río Nilo en el reverso.

es considerado un “genio”, una especie de espíritu protector y generador de vida.

Lo importante de este último testimonio es que en el siglo II el Ebro fue considerado una divinidad benefactora que proporcionaba vida y sustento a la región por la que fluía, asemejándose así al Tíber, al Nilo y al Guadalquivir. El primero fue visto como tal por ser la principal puerta de entrada de las mercancías que llegaban a la ciudad de Roma. El Nilo, por su parte, no solo hacía fértil la tierra de Egipto con sus controladas crecidas, sino que por él se transportaba el cereal que llegaba a la capital del Imperio, tan importante para el sustento de sus habitantes y para los repartos gratuitos de trigo. Por último, por el Guadalquivir se transportaba el tan apreciado aceite de la Bética, que también llegaba a Roma. A esta trilogía de ríos benefactores debemos añadir el Ebro, por el que desde mediados y finales del siglo I d. C. se transportaba la

cerámica de mesa elaborada en *Tritium* (Tricio), la *terra sigillata* hispánica que desde los talleres tritienses se exportó a toda la península ibérica, Mauritania, sur de la Galia, península itálica, Britania y Germania. Esta circunstancia explicaría que el primer testimonio sobre la navegabilidad del Ebro aparezca a finales del s. I d. C., cuando el complejo alfarero tritiense iniciaba su etapa de apogeo. Y se lo debemos a un procurador de la Hispania citerior, Plinio. Pero también explicaría la deificación del río, atestiguada por el fragmento de pedestal del Museo Arqueológico de Tarragona fechado en el siglo II. Es evidente, por lo tanto, que hay una estrecha relación entre el auge de la producción alfarera tritiense y el Ebro como importante vía comercial a partir de ese momento. Al fin y al cabo el producto que se transportaba era un signo de la romanidad que se quería fomentar y extender, y, al mismo tiempo servía para propagar la imagen de una nueva dinastía, la Flavia.